

maldad de Júdas empeció á la obediencia y fidelidad de los otros once apóstoles, ni la herejía de Nicolas oscureció la gloria de san Estéban protomártir, ni la virtud y santidad de los otros santos diáconos, sus compañeros, ni porque algunos pocos religiosos no hagan lo que deben, deja de haber en las religiones otros innumerables que alumbran al mundo con su doctrina y le inflaman con su ejemplo, y por uno que caiga, infinitos quedan y están de pié, los cuales no es justo que pierdan porque se pierda uno. San Agustín dice estas palabras (1): «Hallais algunas monjas no tan recogidas como sería razon; ¿reprenderéis por ventura por eso los monasterios de las monjas? No es justo que por algunas vírgenes livianas condenemos á las que son santas en el cuerpo y en el espíritu, ni tampoco que por estas loables alabemos á las que no lo son.» Y en otra parte dice (2): «Tambien hay falsos monjes y falsos clérigos, como hay falsos cristianos; porque, hermanos míos, en todos estos tres estados, de los cuales otras veces os habemos hablado, hay buenos y hay malos.» Y san Jerónimo, escribiendo contra Elvidio, hereje, que decia que habia algunas vírgenes tabernereras, responde (3) que no solamente las habia tabernereras, sino tambien deshonestas, pero que no tenia la culpa desto la virginidad, sino la simulacion y fingimiento de las que, no siendo vírgenes, lo querian parecer. Quede pues esta verdad declarada y asentada en nuestros pechos: que aunque hay lobos, hay tambien ovejas, y que no deben los que lo son dejar su pellejo, como dice san Agustín, porque algunos lobos, para matarlas, algunas veces se vistan dél.

## CAPÍTULO XVII.

Por qué causas permite Dios estas ilusiones y engaños.

Resta que veamos por qué permite nuestro Señor estas ilusiones y engaños, y qué provechos se pueden sacar dellos, pues que es verdadero y cierto aquel fundamento que pusimos arriba, conforme á la doctrina de san Agustín, que siempre son mayores los bienes que saca Dios de los males, que los mismos males que permite. Primeramente saca Dios nuestro Señor destes engaños el castigo de las mismas personas que son engañadas, y la manifestacion y gloria de su justicia, porque comunmente caen en estos engaños y marañas las personas vanas, altivas, soberbias y que presumen de sí, las cuales, no se conociendo, piensan, ó que tienen más virtud de la que realmente tienen, ó que es suya la que tienen, no reconociendo la del Autor y fuente de todo bien, ni agradeciéndosela con humilde y reverencial temor. De aqui vienen á desvanecerse y engrairse, y á apetecer vanamente la honra, y á desear parecer mejores de lo que son, y á buscar embustes y falsas apariencias para resplandecer en los ojos del vulgo y deslumbrar á los inorantes. Y así permite nuestro Señor que estas

(1) August., in psalm. xcix.

(2) Ibid., in psalm. cxxxii.

(3) San Jerónimo, contra Elvidio.

tales personas se levanten, para que caigan con mayor ignominia, y que la secreta soberbia sea castigada con pública infamia, y el apetito desordenado de honra vana con vergüenza, oprobrio y afrenta; porque, como dice el Sabio (4): «En lo mismo que el hombre peca debe ser castigado.»

No ménos muestra Dios en esto su misericordia que su justicia, porque con estas caídas y castigos les abre los ojos, que estaban cerrados con la culpa, y les da luz para que se conozcan y lloren el estado en que ántes estaban, y se levanten con mayor ánimo y esfuerzo, no para volar por el aire y beber los vientos de la fama vana y gloria popular, sino para caminar por las estrechas sendas de la virtud y poner los ojos en aquel solo Señor, que, así como resiste y humilla á los soberbios, así levanta á los humildes y los enriquece de su gracia. Porque, así como el sabio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle á las partes exteriores del cuerpo para que mejor se pueda curar, así nuestro Señor para sanar algunas ánimas altivas y rebeldes las deja caer en culpas graves y exteriores, para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestifero que estaba dentro; y así dice san Gregorio (5): «¿Qué cosa es la virtud, sino medicina, y qué es el vicio, sino herida? Pues porque nosotros de la medicina hacemos llaga, Dios de la llaga hace medicina, para que, pues caemos con la virtud, seamos curados con el vicio.» San Agustín dice (6): «Oso decir que á los soberbios es provechoso caer en algun pecado claro y manifesto, para que los que agradándose á sí cayeron, desagradándose á sí se levanten.» Porque san Pedro más provechosamente quedó descontento de sí cuando lloró, que habia quedado contento cuando vanamente presumió. Y san Isidoro dice (7): «Muchas veces es provechoso á los arrogantes que sean desamparados de Dios, para que, conociendo su flaqueza, se reconozcan y despues de la caída se humillen.»

Tambien nos declara Dios con esto la flaqueza y miseria de nuestra naturaleza humana, y que los más de los hombres nos regimos por el sentido y apariencia exterior de las cosas más que por la existencia y verdadera sustancia dellas, pues tanto caso hacemos de unas llagas y señales que vemos, y tan poco de las virtudes sólidas y macizas de muchos siervos de Dios, que las encubren con su humildad y recato.

Y aún de aqui se sigue otro provecho, que es enseñarnos la diferencia que hay destas señales exteriores á los dones interiores de Dios, y apreciar y estimar en lo que se debe la verdadera virtud; porque todas estas señales exteriores pueden ser falsas y engañosas, como la experiencia nos lo

(4) Sapient., xii.

(5) Gregor., in Moral.

(6) August., De civit. Dei.

(7) Isidor., iii, De sum. bono.

ha mostrado, mas las virtudes interiores son ciertas y seguras; y aunque no hubiese engaño en estas señales de fuera, sino que verdaderamente fuesen argumentos ciertos de la verdadera virtud y de la gracia del Señor, que mora en el alma de la persona que las tiene, y la hermosa y enriquece y clarifica, todavia no hacen ellas el ánima santa, como la hace la gracia y las virtudes, ni son causadoras, sino solamente unas como muestras y efectos de la santidad que hay en ella. Y así se debe hacer más caso de lo que hace santo y es causa de santidad, que no de lo que solamente es indicio y muestra della, como lo dice san Gregorio, hablando de los milagros, los cuales, puesto caso que sean ciertos y verdaderos, no por eso el que los hace es más santo, y muchos han hecho milagros, que están en el infierno (1).

Pues si tanto caso hacemos destas cosas y señales exteriores, y nos maravillamos dellas, y reverenciamos á los que las tienen, aunque por ventura sean fingidas y aparentes, ¿qué cuenta habemos de tener con la verdadera virtud? ¿Cuánto más habemos de estimar una caridad encendida y un fino amor de Dios y de nuestros prójimos, una humildad profunda, una paciencia invencible, una mansedumbre suave, un menosprecio de sí mismo y de todas las cosas caducas y perecederas, un celo fuerte y fervoroso de la honra y gloria del Señor, un cuidado solícito y continuo de la oracion, una mortificacion de los propios apetitos perseverante y rigurosa, y las demas virtudes que son propias del cristiano y siervo del Señor, y le hacen templo y morada suya, y agradable delante su divino acatamiento?

Esto es lo que nos quiere enseñar Dios, y juntamente enderezar nuestros torcimientos y poner freno á la demasiada facilidad de muchas personas que en varias partes aparecian con llagas, y daban ocasion á que otras mujeres livianas y tenidas por espirituales las deseasen tener, y se persuadiesen que á lo ménos interiores ya las tenían, y aún que algunas imitasen y contrahicieran aquella vana representacion. Porque cierto ha sido cosa lastimosa la muchedumbre de mujercillas engañadas que se han visto en nuestros dias en muchas y de las más ilustres ciudades de España, las cuales con sus arrobamientos, revelaciones y llagas de tal manera tenían movida y embaucada la gente que trataban de oracion y cosas de espíritu, que parecia que no tenía ninguno la que no se arrobaba y tenía estos dones extraordinarios, que decian ser de Dios, y que á la medida de lo uno habia de ir lo otro, y que andan al mismo paso espíritu y revelaciones de Dios. Pero, como Él tiene providencia de su santa Iglesia y ama á sus escogidos, aunque, por las razones que habemos dicho, permitió que estas personas cayesen, quiso que fuese manifiesta y castigada la caída dellas, para que escarmentasen las demas y se detuviesen en el apetito

de semejantes ilusiones, y buscasen la verdadera santidad donde ella está, y no en las cosas inciertas y aparentes, que traen consigo tan grande engaño y peligro.

Demas destes provechos, que son tan importantes, hay otro que no lo es ménos, que es enseñarnos cómo todo lo que es fingido y procurado y encubierto con artificio y simulacion no puede durar, sino que al cabo, quitada la máscara, se descubre y parece lo que es. Porque no hay arte tan sutil, ni engaño tan ingenioso y delicado, que al fin no se alcance y que Dios no le descubra y castigue. Mas lo que es verdadero, sólido y macizo tiene raíces que no se secan, y da fruto que no se marchita. Y éste es un grande argumento para que sepamos distinguir lo falso de lo verdadero, y para que no creamos que es fingido todo lo que hay en este género de revelaciones y favores de Dios, como lo hacen los herejes y algunos malos cristianos, reprobando y desechando todas las cosas que tienen olor y sabor de piedad y de alguna luz sobrenatural y extraordinario rayo y favor del cielo, aprovechándose, como dijimos, de la ocasion, y pensando que todo es engaño porque una se engañó.

Mas los cuerdos y prudentes no toman á bulto las cosas ni las pesan con falso peso, ántes apartan lo precioso de lo vil, y lo verdadero de lo falso, y lo que es don y gracia del Señor de lo que es imaginacion ó invencion de hombres; y saben hacer diferencia de las llagas admirables y divinas que el seráfico san Francisco, patriarca de los frailes menores, recibió en su cuerpo, quedando con ellas hecho un vivo retrato de Jesucristo crucificado, las cuales están canonizadas con el decreto y uso de la santa Iglesia, y de las que algunos graves varones escriben que otros santos tuvieron, á las de las mujercillas de nuestro tiempo, que sabemos han sido contrahechas y fingidas; porque las unas fueron acompañadas con verdadera, y las otras con aparente santidad. Las unas, los que las tenían las escondian y ocultaban; las otras, las que no las tenían las contrahian y publicaban. Las unas tienen autoridad de la santa Iglesia ó de personas muy graves y siervos de Dios que las escriben; las otras han sido reprendidas y castigadas públicamente por los ministros de la misma Iglesia. Las unas, como fruto sólido y maduro, han permanecido; las otras, como una flor aparente, se han marchitado y desaparecido como humo. Y para concluir este capítulo, tambien nos enseña Dios nuestro Señor con estas caídas lo que habemos de hacer para que nosotros no caigamos, y cómo nos habemos de haber en ellas para sacar provecho del mal ajeno; lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XVIII.

De lo que habemos de hacer cuando Dios permite semejantes tribulaciones.

Mucho importa saber lo que se ha de hacer para acertar cuando se ofrecen estas ocasiones de ilu-

(1) Epist. xxxviii, lib. ix; Ben., De proc., vii; Rel., cap. xviii.

sion y engaño, pues de cualquiera manera que se yerre, se yerra mucho. Porque si al espíritu de Dios tenemos por espíritu del demonio, es gran blasfemia, y somos semejantes á los fariseos, que las obras que el Hijo de Dios obraba por virtud del Espíritu Santo las atribuían al espíritu malo, y decían que las hacía en virtud de Belcebú. Y si, por el contrario, con liviandad y vana credulidad tenemos por instinto y favor del cielo lo que es invención de hombres ó engaño de Satanás, y le damos crédito y fe, ¿qué mayor mal puede ser que seguir las tinieblas por la luz, y la mentira por verdad, y á Belial por Cristo, y al demonio por Dios? En lo uno y en lo otro hay gran peligro, ó en tener á Dios por demonio, ó al demonio por Dios. Pues para no errar en cosa que tanto importa, dirémos algo de lo que, á nuestro flaco parecer, deben hacer aquellos á quienes no incumbe el examinar estas cosas, que son todos los seglares, los cuales no son jueces de las cosas espirituales, ni deben entremeterse en quererlas decidir y determinar, y cómo las han de examinar las personas que por razón de su oficio ó profesión están obligadas á apurar y averiguar la verdad.

La gente comun debe hacer dos cosas. La primera, tener cierto juicio y verdadera estima de lo que son y en lo que se deben tener semejantes arrobamientos, llagas y revelaciones, porque, como habemos dicho, muchas veces son aparentes y engañosas; y puesto caso que sean verdaderas, no por ellas es más santo el que las tiene, ni ménos santo el que no las tiene, aunque algunas veces son muestra y argumento de santidad. Porque el bienaventurado san Francisco, glorioso en su vida, y con sus llagas admirable, no por haberlas tenido dirémos que excedió en santidad á todos los otros santos que no tuvieron llagas impresas del Señor, pues los sagrados apóstoles y la soberana Reina del cielo nuestra Señora no las tuvieron. La segunda cosa es que se detengan y no se dejen llevar luégo de la corriente, creyendo que todo lo que se dice es verdad, porque, si lo es, el tiempo lo descubrirá y ello prevalecerá, y si no lo es, no habrá habido falso juicio ni engaño. Por esto dijo el apóstol san Juan (1): «No queráis creer á todo espíritu, mas probad los espíritus si son de Dios.» Y la razón da san Pablo, diciendo (2) que el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz. Para averiguar y probar estos espíritus tiene Dios puestos en su Iglesia jueces y doctores, y hasta que ellos los calificquen, y con el contraste nos declaren si son oro fino ó no, no hay para qué arrojarnos, ni tener por espíritu de Dios al que no sabemos cierto que lo es.

Y tanto mayor recato se debe tener en esto, cuanto en nuestros días habemos visto más embaidores, que no solamente han traído al retortero al vulgo y á la gente curiosa y ociosa, pero tambien han deslumbrado á varones graves, letrados y religio-

(1) Joan., iv.  
(2) II, Cor., xi.

ses, los cuales, por ser grandes siervos de Dios y llenos de devoción, piedad y celo, creyeron todo lo que les pareció podía despertar la devoción y acrecentar la piedad, y amplificar la gloria del Señor en su Iglesia; y como ellos eran santos, dieron crédito á lo que parecía santidad, porque no hay cosa más fácil que engañar á un bueno, porque su bondad y sinceridad le hace que no juzgue ni piense mal de la malicia y artificio ajeno. Y es propiedad de santos creer lo bueno y no creer fácilmente mal de nadie, como del glorioso padre san Francisco y del angélico doctor santo Tomas de Aquino y de otros santos se escribe en las historias de sus vidas.

Estas dos cosas deben hacer los que no son examinadores y jueces destas llagas y extraordinarios favores de Dios, ántes que se declare y se apure la verdad por los que Dios ha puesto en su Iglesia para ello. Pero despues que ellos hubieren hecho su oficio, débese tener por cierto y acertado su juicio. Y si dieren por buenas y por de nuestro Señor las revelaciones, arrobamientos, llagas ó profecías y cosas semejantes que hubieren examinado y averiguado, alaben á la divina Bondad, que hizo aquella merced á su hermano para bien y provecho de su santa Iglesia. Y si, por el contrario, las dieren por falsas y fingidas, y se entendiere que la persona que era tenida por santa no lo era, y que la que parecía que estaba asentada entre los ángeles se halló caída entre los pecadores, no se maraville nadie ni escandalice por ello, ántes reconozca la flaqueza y miseria humana, y sabiendo que no hay seguridad en esta vida, y que él es de la misma masa, y que fué concebido y nació en pecado y con las mismas malas inclinaciones que los otros hijos de Adán, desconfie de sí, y tema de caer donde los otros cayeron, y de dar al traves donde los otros dieron, y de salir de la batalla muerto ó herido, pues pelea con los mismos enemigos, y de su cosecha no tiene mayores fuerzas ni mejores armas que ellos para pelear.

Sepa cierto que si no ha caído, no ha sido por su virtud, sino por la misericordia del Señor, que con la bendición de su dulzura y gracia le ha preservado. Humillese con esto, como quien ha de dar cuenta á Dios de los beneficios que ha recibido de su mano, y particularmente deste; y entienda que todos los males que ve en sus prójimos son beneficios, y las caídas ajenas mercedes suyas; pues él hubiera caído como cayeron los otros, y tuviera los mismos males que ellos tienen, si el Señor particularmente no le hubiera tenido de su mano. Porque, como muy bien dice san Agustín: «En cualquier pecado que caiga un hombre puede caer otro hombre, si el Señor que hizo al hombre no le tiene de su mano.» Y así dice san Bernardo (3): «Guárdate de no ser curioso pesquisidor ó juez temerario de la vida ajena, y aunque halles alguna cosa mal hecha, no la juzgues ó condenes; ántes si

(3) *Super Cantec.*

no puedes la obra, excusa la intención, el poco saber, el olvido y descuido, y los acaccimientos humanos. Pero si por ser la cosa tan evidente no la pudieres excusar ni darle salida, habla contigo mismo, y di dentro de tí: Verdaderamente que fué ésta terrible y vehemente tentación; ¿cómo hubiera caído yo con otra tal si Dios no me tuviera de su mano? Todo esto dice san Bernardo.

De aquí ha de nacer otro afecto de compasión y caridad que habemos de usar con nuestro hermano que cayó, y de prudencia y aviso para escarmiento nuestro. La compasión y caridad ha de nacer del mal de nuestro prójimo, y de ver afeada la imágen de nuestro Dios, y el que era vaso de honra hecho vaso de contumelia, y el templo del Espíritu Santo cueva de ladrones, y el que parecía guía y ejemplo de virtud, tropiezo y escándalo de los flacos y principiantes. La prudencia y aviso se engendra del propio conocimiento, y de saber que no es, como dije, de otro barro ni de otro metal. Y para que no desmaye en la virtud, ponga los ojos, como arriba se dijo, en los innumerables soldados esforzados y valerosos que tiene Dios en su Iglesia, y en los que de día y de noche pelean, como fuertes y gloriosos caballeros, contra todo el poder del infierno, y alcanzan vitoria dél y de sí mismos. Y puedan más estos ejemplos para animarle y esforzarle que los de los cobardes y ruines soldados para enflaquecerle, ni las caídas de algunos pocos, que habiendo ántes peleado fuertemente, despues rindieron las armas al enemigo.

#### CAPÍTULO XIX.

Lo que han de hacer los que Dios puso en su Iglesia para averiguar la verdad de semejantes cosas.

Esto es lo que toca á los que no tienen oficio y obligación de averiguar la verdad. A los que la tienen, siendo, como son, pastores y maestros de todos, y llenos de sabiduría, no hay para qué nosotros, que somos ovejas y discípulos, queramos enseñar y dar reglas de lo que deben hacer. Pero, porque no haya falta en este tratado, dirémos aquí brevemente algunos de los avisos que habemos hallado en autores graves que tratan desta materia, que por ser de varones santos y grandes letrados y muy experimentados, podrá ser que puedan aprovechar. Y si cada uno dellos por sí no fuere bastante para descubrir la verdad, á lo ménos lo serán cuando todos se juntaren y concurrieren en uno.

Sea pues el primer aviso y fundamento de todos los demas, y como el justo peso de la buena moneda, la humildad y sumisión de la persona que dice tiene semejantes dones de Dios (1). Porque si presume y vanamente se complace de sí, y fácilmente los publica y huelga que se sepan y estimen, este tal merece ser engañado del demonio, y por engañado le podemos tener. Todos los santos nos enseñan esta segura y saludable doctrina. Enviando Dios á Moisés á librar su pueblo, y teniéndose

(1) Primera regla, la humildad.

él por indigno, dijo (2): «Yo os suplico, Señor, que enviéis al que habeis de enviar.» Y Jeremías, enviándole el mismo Dios á predicar, dijo (3): «¡Ah! ¡ah! ¡ah! Señor, que no sé hablar.» Y san Juan Bautista, cuando vino Cristo nuestro Señor al rio Jordan para ser bautizado dél, le dijo (4): «¿Cómo, Señor? Yo debo ser bautizado de Vos, ¿y Vos venis á mí?» San Pablo se cuenta por el mayor de los pecadores y dice (5) que no merece ser llamado apóstol. San Agustín hace gracias á nuestro Señor (6) porque le había librado de la tentación de pedirle milagros, y le suplica que la aparte siempre de sí. San Buenaventura dice (7) que muchos han caído en graves locuras y errores, en castigo de haber deseado tales cosas, y que se deben huir con oraciones, ayunos y penitencias. Juan Gerson escribe dos tratados desta materia (8), y cuenta algunos ejemplos de cosas que sucedieron en su tiempo, en confirmación desta verdad. San Vicente Ferrer (9) y Dionisio Cartusiano dan esta misma doctrina. San Ambrosio y Sulpicio fueron deste mismo parecer. Santa Catalina de Sena (10), á los principios que nuestro Señor comenzó á visitarla con visiones y revelaciones, tuvo grande sospecha que fuesen engaños de Satanás, y dice que plugo mucho á Dios este temor santo y recelo, porque siempre el caminante en esta vida le ha de tener. Un santo de los padres antiguos, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, y diciéndole que venía para que le viese y adorase, respondió: «Mirad á quién os envían; que yo no merezco ver en esta vida á Jesucristo.» Y con esta humildad desapareció el demonio (11). Otro santo padre, en otra semejante visión, cerró los ojos y dijo (12): «No quiero yo ver á Cristo en esta vida; plegue á Él que le merezca ver en la otra.» Y con esto quedó el demonio burlado. El glorioso san Martín, apareciéndole el demonio en figura de Cristo, conoció que era Satanás, porque venía con mucho aparato, y no con modestia y humildad, que, como he dicho, es el peso verdadero desta moneda, y señal de ser obra de Dios, el cual ama y se comunica á los humildes (13). Que la soberbia, como dice san Agustín, merece ser engañada. Y por el contrario, cuando san Antonio preguntó al ángel quién podría escaparse de tantos lazos y tentaciones como le había mostrado, le respondió que la humildad (14). Y así lo dijo el profeta David (15): «El Señor guarda á los pequeñuelos; humilléme yo

(2) *Exod.*, iv.

(3) *Jerem.*, i.

(4) *Math.*, iii.

(5) *I, Cor.*, xv.

(6) *Lib. x, Confess.*, cap. xxxv.

(7) *De vii, Progressu relig.*, cap. xix et xx.

(8) *Part. 1, Opusc. de distinctione verarum visionum à falsis, et de probatione spirituum.*

(9) *San Vicent., Tract. de vita spirituali*, cap. *De mod. prædic.*

(10) *Opusc. de exem. auten.*, cap. xxv. *En su Vida*

(11) *In vitis patrum*, p. 2.

(12) *Paladio, en la Hist. de los santos padres*

(13) *Sulpicio, en la Vida de san Martín.*

(14) *In vita sancti Antonii.*

(15) *Psalm. xii.*

y libróme Él.» Por esta causa, si viéremos liviandad, presuncion y estimacion propia en el que dice que tiene estos dones extraordinarios de Dios, entendamos que hay engaño.

Y asimismo si los publica y manifiesta fácilmente, porque el verdadero humilde, cuantos más dones tiene de Dios, tanto más se encoge y se avergüenza y los encubre, guardando su secreto para sí, y sólo los manifiesta á quien le puede enderezar y guiar por camino llano y seguro, sujetándose al juicio de los perlados y maestros suyos, porque desconfia de sí. Quien quisiere saber el recato que en semejantes cosas se debe usar, lea la vida que san Buenaventura escribió del seráfico padre san Francisco (1), y en ella hallará el que tuvo este glorioso y santísimo patriarca en encubrir las llagas sagradas que le fueron impresas, y el solícito cuidado con que traía cubiertas las manos y calzados los piés, y hacia otras cosas, para que no pareciesen ni se echasen de ver aquellos rubies con que su carne resplandecía y había sido adornada y hermoçada del Señor. De santa Catalina de Sena escriben san Antonio, arzobispo de Florencia, y fray Raimundo de Capua (2), que fué confesor della, y despues maestro general de la órden de los predicadores, que estando una vez en oracion le apareció Jesucristo, su esposo, con las cinco llagas, como que se las quería imprimir, y que temiendo ella que si se las imprimía exteriores y visibles, quedaria muy honrada y venerada de la gente, le suplicó humilísimamente que no lo hiciese, sino que interiormente se las imprimiese y le diese á sentir perfetamente los acerbísimos dolores de su sagrada pasion, porque esto era lo que ella deseaba y había menester para gozar del fruto de su dulzura sin peligro de desvanecerse.

Otra señal hay, que se sigue de la primera, y es la paciencia y sufrimiento, ó impaciencia y enojo de los que dicen que tienen estas cosas extraordinarias (3). Porque, así como el oro pasa sin detrimento por el fuego y se refina en el crisol, así el verdadero siervo de Dios se apura y perficiona en las contradiciones y adversidades. Por esto dijo el Sabio (4) que la doctina del varon se conoce por la paciencia que tiene. Buena señal es cuando alguna persona que dice tiene estos regalos y favores de Dios y no es creída, sino reprobada y tenida por loca, calla y sufre, y tiene paciencia, y se vuelve á Dios para que manifieste su verdad, y trata con los que la persiguen con suavidad y mansedumbre; y porque los santos profetas tuvieron esta paciencia y se esmeraron en ella, dice Santiago, exhortándonos á ella (5): «Tomad por ejemplo, hermanos, del trabajo y de la paciencia á los profetas, que hablaron en el nombre del

(1) Bonaventur., in *Vita sancti Francis.*, cap. xiii.

(2) *Sancti Anton.*, iii, p. tit. xxiii, cap. xiv, §. 10. Fray Raimundo de Capua, en su *Vida*, p. 2, cap. vi.

(3) La segunda, la paciencia.

(4) *Proverb.*, xix.

(5) *Jacob*, v.

Señor.» Y aunque esta señal no es del todo cierta, porque algunas veces hay grandes artificios en esto, y no faltan personas que con una falsa y fingida paciencia saben callar y sufrir y disimular; pero el que no tiene sufrimiento, y se enoja y embevece, y amenaza á los que no le creen y le contradicen, parece cierto que no tiene espíritu de Dios.

Otra señal de la verdadera moneda es la color que tiene, la cual tambien se ha de mirar (6); porque, aunque no todo lo que reluce es oro, pero es cierto que no lo es lo que no reluce ni tiene color de oro. Esta color es examinar el fruto y efectos que se siguen de semejantes gracias y favores del Señor, el cual todo lo que hace lo hace para bien y provecho de su santa Iglesia. Y así el apóstol san Pablo, ántes de contar en particular los dones que el Señor reparte á su Iglesia, dice (7) que todos los reparte y distribuye *ad utilitatem*, para provecho y utilidad della. Si se sigue emienda de vida, correccion de costumbres, reformation de la república, son buenas señales para que creamos que es de Dios lo que se dice. Mas si hay curiosidad y vanidad y perdimiento de tiempo, es cierto que no es de Dios. Porque si un hombre prudente y santo no habla palabras ni hace obras ociosas, ménos las hablará ni hará el Santo de los santos, el cual dice de sí (8): «Yo soy el Señor, que te enseño todas las cosas provechosas.» Y si las enseña, mucho más las obra, y no hace cosas extraordinarias sin algun particular provecho ó necesidad.

En esto de la utilidad, no solamente se han de considerar los efectos que estas cosas hacen en el pueblo, sino tambien los que hace la conversacion y trato del que las tiene en los que comunican con él (9), si se aprovechan en su espíritu, si se les pega devocion, si salen más castos, más humildes y piadosos de su comunicacion; porque, así como el que toca una cosa olorosa queda oloroso, así el que trata con un verdadero siervo de Dios, que está resplandeciente con la lumbrera soberana y como vestido de espíritu del Señor, queda de su comunicacion con olor y sabor del espíritu que hay en él.

Otras señales hay que son más interiores y aún más ciertas, sacadas de los efectos que obran estas cosas en las ánimas de los que las tienen, de los cuales se puede sacar si ellas son de espíritu bueno ó de espíritu malo, como son (10): la luz ó escuridad, la paz ó turbacion, la ternura y suavidad, ó la sequedad y desabrimiento interior, el conocimiento y aborrecimiento de sí mismo, ó la altivez y presuncion que causan en el ánima, y finalmente, el aliento y esfuerzo que le queda para todas las obras de virtud, aunque sean arduas ó dificultosas, ó el caimiento y desmayo, y otras seña-

(6) La tercera, los efectos que causan semejantes cosas.

(7) *I Cor.*, xii.

(8) *Isai.*, xlviii.

(9) La cuarta, el fruto que hace la conversacion de los que las tienen.

(10) Quinta, las señales interiores.

les semejantes, que por ser interiores y ocultas no se pueden saber sino de las mismas personas que las pasan. Santa Catalina de Sena dice (1) que nuestro Señor la enseñó que las revelaciones de Dios al principio ponen temor y espanto, y que despues dan confianza y seguridad, y las del demonio, al revés, al principio alegran y regalan, despues atemorizan y entristecen, á la manera que lo suelen hacer la virtud y el vicio. Las de Dios, como son rayos de su luz, alumbran el ánima, y la hacen conocer y reverenciar á Dios, y conocer á sí misma y confundirse y humillarse. Las del demonio, como son tinieblas y del padre de la mentira, escurecen y causan vana reputacion y presuncion. Y san Buenaventura enseña (2) que cuando en las visiones, no solamente hay consuelo y regalo interior del ánima, sino tambien blandura sensible y sensual del cuerpo, con la cual la carne se regala y altera, que las tales visiones no pueden ser de Dios, cuya visitacion se comunica al ánima para armarla contra todos los vicios, y principalmente contra la deshonestidad.

#### CAPÍTULO XX.

Lo que particularmente se ha de advertir en los que dicen que son profetas.

Todo esto se ha de mirar y examinar en las personas que tienen arrobamientos y llagas y otros particulares favores de Dios; pero si tienen revelaciones y profecias, y dicen que Dios les habla y que les manda que digan algo de su parte, y quieren ser tenidos como profetas ó intérpretes de la divina voluntad, porque tambien hemos visto en este tiempo algunos embaidores que se llamaban y querian ser tenidos por profetas de Dios; demas de todo lo que hemos dicho, se ha de advertir y tener por regla infalible y principal la verdad de todo lo que dicen (3); porque, si en ello hay algun rastro de mentira ó falsedad, no puede ser de Dios, que es suma y eterna verdad, y no se compecece con el espíritu de verdad el espíritu de falsedad, y repugna á la esencia y definicion de la profecía toda falsedad; porque, siendo la profecía una luz y conocimiento que Dios infunde con su divina revelacion en el entendimiento del profeta, así como es imposible que sea falsa la revelacion divina, que es causa de aquella luz y conocimiento, así tambien es imposible que sea falsa la misma luz y conocimiento, que es efecto de aquella revelacion, porque es su semejanza é imágen, como el hijo es semejanza del padre que le engendró.

Bien puede ser que el espíritu de la mentira diga alguna verdad para engañar más fácilmente y esconder debajo de aquel cebo el anzuelo de su falsedad, y tambien puede ser que un falso profeta diga una cosa que salga cierta y verdadera; pero no es bastante argumento para tenerle por profeta de Dios, ántes es cierto que no lo es si dijo otras

(1) En su *Vida*.

(2) *De process.*, vii, *Relig.*, cap. xviii.

(3) Primera, la verdad de lo que dicen.

cosas que salieron falsas; porque la cosa que salió cierta puede ser que sea del enemigo, ó que con un buen juicio y prudencia natural se pueda alcanzar, ó que sucedió acaso, ó que se dijo despues que sucedió, como profetizada y sabida ántes que sucediese. Y el salir una cosa sola falsa es cierta señal que no es de Dios, por lo que hemos dicho; porque en esto se diferencia el verdadero profeta del falso; que el verdadero siempre dice verdad, y el falso, ó nunca la dice ó no siempre, como nos lo enseña san Juan Crisóstomo, y lo dice el mismo Dios en el *Deuteronomio* por estas palabras (4): «Si allá en tu corazon me preguntares cómo podrás entender si el profeta que habla es verdadero y dice lo que yo le mando, respóndote que tengas esta señal cierta y verdadera: si el tal profeta dijo alguna cosa en mi nombre, y no sucedió lo que dijo, sabe cierto que Dios no se lo reveló, sino que él mismo se lo levantó por su soberbia.»

Asimismo se ha de advertir que Dios revela á los verdaderos profetas sus misterios en una de tres maneras (5). Algunas veces alumbrando el entendimiento y comunicándole una lumbrera inteligible, ó las especies inteligibles de las cosas que les revela, que es la más alta y excelente manera de profecía. Otras con alguna vision imaginaria, que es inferior á la primera. Otras con alguna voz ó cosa sensible que oye ó ve, que es la manera y grado más infimo de todos. Y juntamente se ha de notar que el demonio no puede alumbrar nuestro entendimiento, pero puede representar en nuestra imaginacion las especies de las cosas sensibles, y formar la voz, y contrahacer la color y los cuerpos y los objetos propios de los sentidos, cuando Dios se lo permite. Y por esto, cuando alguno dice que es profeta y que tiene alguna vision imaginaria, ó que oye la voz que habla con él, se debe tener más sospecha y examinar con más cuidado la verdad de su profecía, que si tuviese ilustracion del entendimiento; porque, como hemos dicho, el demonio no puede alumbrar y dar luz al entendimiento, y puede con voz fingida y con vision falsa é imaginaria engañar al que se llama profeta. Y así, pudiendo ser que no sea de Dios lo que tiene, se ha de tener más recelo que si realmente tuviese tal ilustracion de entendimiento, que no puede ser sino de Dios.

Otra señal ponen algunos hombres experimentados y grandes siervos de Dios (6), para tener por sospechosas las revelaciones ó instintos que alguna gente seglar y lega dice que tiene de Dios para reprender ó avisar de alguna cosa secreta á tercera persona, y mucho más á sacerdote ó perlado ó semejante persona á quien se debe particular reverencia y respeto (7), porque no es éste su oficio, y parece que se confunde y turba con esto el órden que Dios tiene puesto en su Iglesia.

(4) *Hom.* xix, in *Matth.*, cap. xviii.

(5) *Agus.*, lib. xi, *Super Gen. ad litteram*, cap. vii.

(6) Segunda, si persona lega quiere avisar á los perlados.

(7) Maestro Avila, en el *Audistia*.

Y aún no es menor señal de ser falso profeta (1) cuando siembra en el pueblo poca obediencia y respeto á los mayores y superiores que Dios nos dió, ahora sean espirituales, ahora temporales, porque nunca el espíritu de Dios es contrario á sí mismo, ni pone division ni desacato y falsa libertad.

Y mucho más cierta señal es de ser falsa y engañosa profecía, si el que dice que la tiene no quisiese sujetar su juicio al de los tales perlados y superiores (2) que Dios ha puesto en su Iglesia, ó no los quisiese obedecer, pareciéndole que la luz que tiene es tan clara y evidente, que no tiene necesidad de aprobacion, y tan firme y segura y superior, que se debe seguir más que cualquiera otro mandato, aunque sea de obispo á papa, á ella contrario, porque solo esto basta para convencerle que es ilusion del demonio, y no verdadera y santa revelacion. La razon desto es, porque esta revelacion ó profecía no nos consta que es de Dios, ni estamos obligados á recibirla hasta que lo sepamos. Y constanos que Dios ha puesto en su Iglesia pastores y doctores para que averigüen lo dudoso, declaren lo oscuro y aparten las tinieblas de la luz, y la mentira de la verdad. Y siendo esto así, toda buena razon pide que lo que es incierto se regule y averigüe por lo que es cierto, y no lo que es cierto por lo que es incierto y dudoso.

En Florencia, en tiempo del papa Alejandro VI, un religioso, llamado fray Jerónimo Savonarola, de Ferrara, varon docto y tenido por santo, y que con sus sermones hizo notable fruto en aquella ciudad, comenzó á desvanecerse y hacerse profeta, y muchos le tenían por tal, y á querer gobernar el estado de aquella república por revelaciones y profecías. Por esta causa hubo en ella grandes turbaciones y divisiones, las cuales queriendo atajar el Papa, le mandó que no predicase, y él no quiso obedecer, porque decía que estaba más obligado á obedecer á Dios que á los hombres. Excomulgáronle, y no hizo caso de la excomunion; llamáronle á Roma, y burlóse dello; prendiéronle y quemáronle, y con razon, porque no solamente no obedecía él, pero enseñaba que no estaba obligado á obedecer á la cabeza de la Iglesia y vicario de Jesucristo nuestro Señor, diciendo que se encontraba con el mismo Cristo, que le mandaba que predicase, lo cual era falso. Y por esta misma razon el santo oficio de la Inquisicion en Roma y en España ha vedado algunos sermones y obras deste padre, por hallarse en ellas sembrada esta mala doctrina. Y al cabo él mismo se reconoció, y confesó que la vanidad le había trasportado, y el deseo desordenado de su gloria y propia estimacion cegádole y héchole fingir profecías y revelaciones. Tanto puede un apatito desenfrenado y desvariado de ambicion, que derrueca á los que se tienen por sabios y los despeña en los abismos.

La sabiduría que viene de arriba, como dice

(1) Tercera, si siembra poca obediencia en el pueblo.

(2) Cuarta, si no se sujeta al juicio de los mayores.

Santiago (3), es suadible, que quiere decir blanda y flexible y que se deja persuadir, y como oro fino doblar y tratar, y el que tiene espíritu de Dios se sujeta á la órden del mismo Dios y al espíritu que él ha dado á los perlados y maestros puestos de su mano en su Iglesia. El que no lo hace así, y se fia de su prudencia, y se tiene por sabio en sus ojos, necesariamente ha de caer, y como dice san Juan Climaco (4), este tal no tiene necesidad de demonio que le tienta, porque él mismo se es demonio y enemigo para sí.

Quiero acabar este capítulo y esta materia con las palabras que, hablando della, dice san Buenaventura (5). «Muchos, dice este santo doctor, se engañan pensando que es espíritu de Dios lo que es sentido propio ó espíritu de error. Y por esto hay tantas profecías y pronósticos, que nos tienen ya cansados y ahitos. Tratan de la venida del Antecristo, de las señales del juicio, de la destruicion de las religiones, de la persecucion de la Iglesia, del asolamiento del reino y de otras várias calamidades del mundo, á las cuales profecías, varones graves y devotos han dado más crédito de lo que fuera menester. Porque, dado que fueran verdaderas, en otras cosas más provechosas se pudieran los religiosos y siervos de Dios ocupar.» Todo esto es de san Buenaventura. Y desto, y de lo que dice Gerson, se colige que en todos los tiempos hay ilusiones, y que aún los varones graves y devotos algunas veces son engañados, y que es más seguro y provechoso ocuparse en el ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes que en semejantes revelaciones ó engaños.

Otras señales se pueden dar á este propósito, que se hallarán en estos y en otros autores antiguos y modernos. Para el mio, que principalmente es escribir los remedios que debemos usar para sacar fruto de las tribulaciones, particulares y públicas, con que Dios nos azota, esto me parece que basta. Y así será bien que acabemos este tratado para que no canse con su prolijidad al lector; lo cual harémos en el capítulo siguiente.

#### CAPÍTULO XXI.

Conclusion desta obra.

Eusebio Cesariense, autor gravísimo, en el principio del octavo libro de su *Historia eclesiástica*, escribe (6) que despues de muchas y cruelísimas persecuciones que había padecido la santa Iglesia, de los tiranos que la affigieron é ilustraron con la sangre que derramaron de los gloriosos mártires, comenzó á gozar de alguna paz y quietud, y juntamente á aflojar en la virtud y á descaecer de aquel perfecto y admirable estado de santidad que ántes había tenido; porque dice que comenzaron á nacer algunas pasiones entre los perlados, y á crecer la ambicion, envidia, ódio y vanidad, y los cristia-

(3) Jacob., iii.

(4) Climac., gra. xxii.

(5) De process., vii; Rel., cap. xix.

(6) Lib. viii, cap. i.

nos á perder aquel lustre y resplandor de vida que por medio de los trabajos y tormentos habían alcanzado y conservado. Y que para purgar estas culpas permitió el Señor que viniese á la Iglesia la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano, que fué la más terrible y espantosa de todas; de lo cual sacamos que muchas veces se pierde con la paz lo que se gana con la guerra, y se derrama con la prosperidad lo que se ha llegado con la adversidad, y que Dios nuestro Señor permite que seamos affigidos para que purguemos con la tribulacion las culpas que en el tiempo del descanso cometimos.

Esto debemos tener siempre delante para alivio de nuestros trabajos, y nuestra misma experiencia nos lo enseñará si con atencion y cuidado consideráremos los varios y casi contrarios afectos que tiene nuestra ánima en el tiempo de la tristeza y de la alegría, de la pena y del consuelo, y cuánto más fácilmente se conoce y se humilla y acude al Criador cuando no halla contento en las criaturas, y cuando todas ellas parece que la aborrecen y la despiden y arrojan de sí, más que cuando la abrazan, entretienen y regalan.

Demas desto, habemos de tener muy arraigada esta verdad en el corazon, la cual, no solamente la luz que tenemos del cielo y nuestra santa fe nos la enseña, pero tambien la alcanzaron algunos de los que carecian della, por sólo el instinto natural y lumbré de la razon, que Dios nuestro Señor gobierna y dispone todas las cosas deste mundo, altas y bajas, pequeñas y grandes, universales y particulares, y las encamina á lo que Él es servido con su incomprendible providencia. De manera que ni un cabello de nuestra cabeza ni una hoja no cae del árbol sin su voluntad. Y que de tal suerte tiene cuidado de todo el universo, como si no le tuviese de las cosas particulares y menudas, y de tal manera le tiene del gusanillo y del mosquito, como si no tuviese otra cosa en que entender, como lo dice san Gregorio Magno por estas palabras (1): «De tal manera tiene Dios cuidado de cada cosa por sí, como si no la tuviese de todas, y así mira por todas como si estuviese descuidado de cada una; porque, así como toda la belleza, variedad y fecundidad del árbol le viene de la virtud de la raíz que le sustenta, y hasta la más pequeña y más apartada hoja recibe todo el humor y frescor y hermosura que tiene della, aunque sea por medio del tronco y de muchas ramas que están en medio, así no hay cosa tan menuda ni despreciada en este como árbol maravilloso del mundo, que no se gobierne y se sustente desta divina y soberana raíz de la providencia del Señor, por muchas causas mediatas que haya entre ella y las cosas que gobierna. Y como el sol con sus rayos alumbrá la luna y las estrellas fijas, y los planetas y todo aquel supremo y celestial hemisferio, y es tan poderosa su virtud, que juntamente penetra hasta las

(1) Lib. xiv, Moral., cap. i y xix.

entrañas de la tierra, y engendra en ellas plata y oro y piedras preciosas, y en la mar perlas y otras cosas admirables, y no hay cosa ninguna corporal tan baja y vil, que no participe de su eficacia y luz, así, é infinitamente con más excelencia, el Señor, como otro sol de justicia, alumbrá, rige y da vida á todas las cosas del cielo y de la tierra, visibles é invisibles, y no hay cosa tan desechada, que no participe de sus rayos y que no sea gobernada y enderezada por Él.»

Pero, aunque esto sea verdad, es tan particular y tan extraordinario y regalado el cuidado que Dios tiene del hombre, que parece que, en comparacion de él, no tiene ninguno de las otras cosas corporales. Así dijo el apóstol san Pablo (2): *Nunquid de bobus cura est Deo?* Tiene por ventura Dios cuidado de los bueyes? O lo que dellos, dijolo por nosotros, para que supiésemos lo que debíamos de hacer. No porque no tenga el Señor cuidado de los bueyes y de todas las otras cosas más pequeñas y bajas, sino porque es tan grande el que tiene del hombre, que respeto dél parece que no le tiene de las otras cosas que crió para servicio del mismo hombre, como en comparacion del cuidado que se tiene del hijo del rey, no parece que se tiene ninguno del caballo y del criado que le ha de servir, y porque el que se tiene dellos es porque han de servir al príncipe.

Y si Dios tiene tanta providencia sobre cualquiera de los hombres, mucho mayor la tendrá sobre los cristianos y sobre los justos, á los cuales ha hecho particioneros de su conocimiento y amor, y los ha escogido, entre todas las naciones del mundo, para pueblo particular suyo, y los ha tomado por hijos, y dellos es y se llama padre (3), y tal padre, que quiere y nos manda que á boca llena se lo llamemos, y no lo llamemos á los padres carnales que nos engendraron, porque, aunque lo son de la carne, no lo son del espíritu, ni se puede comparar su amor con aquel amor verdadero, entrañable é infinito que nos tiene el Padre de las misericordias, que es fuente y origen de todos los que se nombran padres en el cielo y en la tierra.

Por ser este amor macizo y fuerte, se dice que es Dios padre, y por ser blando, tierno y regalado, se llama tambien madre en las divinas letras. Y no solamente madre, pero aún dice el mismo Señor por Isaias (4): «¿Qué madre hay que se pueda olvidar de su hijo pequeñito, y que no se compadezca del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo no me olvidaré de tí, porque en mis manos te tengo escrito.» Y ésta es la causa por que dijo el real profeta (5): «Mi padre y mi madre me han desamparado, mas el Señor me ha tomado para sí.» Y por esta misma causa dijo el Señor (6): «No os dejaré huérfanos; porque, aunque me voy, yo

(2) I. Cor., ix.

(3) Math., xxiii.

(4) Psalm. xlix.

(5) Psalm. xxxvii.

(6) Joan., xiv.